

MALA ONDA

myriam gurba

traducido por Elisa Díaz Castelo

*Para las inquietas.
Pero no las jóvenes.*

«Lo mejor que te puedo desear es que te vaya mal».

JENNI RIVERA

Sabiduría

Volvámonos un sitio sobre el cual brille la luz aciaga de la luna.

Volvámonos esa noche.

Volvámonos ese parque.

Absorbe y gotea. Somos granos de arena húmedos. Somos césped despojado de color. Somos gradas de béisbol. Somos la oscuridad de noviembre. Somos el sedimento del campo. Durante el día, albergamos partidos de las Ligas Menores. Durante la noche, nos convertimos en un altar azteca.

Abrimos los ojos. Permitimos que se acostumbren al lugar y a las cosas descritas.

Prevalece un silencio estacional.

Nada cruje, nada se queja.

Nada zumba.

En un túnel bajo las gradas, un topo sueña despierto. Las raíces suspiran. Los gusanos se ocupan de sus cosas a ciegas.

Una chica de cabello oscuro camina sola.

Sus pies caen sobre el césped. Podemos ver por debajo de su falda. No usa ropa interior, así que podemos ver esa parte especial suya. Es el agujero en el que cayó Perséfone. También algún cerdo cayó por ahí.

Su ropa es larga. La chamarra azul oscuro le llega a las rodillas.

Se encorva. Camina como en duelo.

Entra al campo.

Se detiene.

—¿Quién anda ahí? —pregunta en español.

Le responde el silencio.

Toma con fuerza su bolso blanco. Sus dedos toquetean la correa.

Se acerca al montículo de lanzamiento, lo atraviesa, se dirige hacia *home* y lo atraviesa también. Se agazapa y cruza por un agujero la malla de protección de fondo.

Mete la mano en el bolso. Su cabello mexicano cae sobre su cara.

No se verá así mucho más tiempo.

Un hombre vestido de blanco da la vuelta con cautela a la esquina de la cafetería. Se acerca furtivamente a la chica y la golpea con un tubo. Le pega en la cabeza y las rodillas de la chica se doblan. El hombre levanta su arma, batea otra vez y la golpea de nuevo.

Se mete la mano en los pants. Se acaricia el pene.

Al atardecer, un vendedor con un sombrero de vaquero empujaba su carrito por la banqueta a unos metros de distancia. Bajaba por Western Avenue mientras decía a

voces: «¡Elote! ¡Elote! ¡Elote con mantequilla! ¡Elote con mayonesa!».

El hombre había escuchado los gritos del elotero.

No había comprado ninguno.

Con amor, se soba la mazorca. Tiembla. La suelta y sigue con su persecución.

Ella trepa las gradas sin aliento. Sangra sobre las gradas. Sangre sobre el concreto. Lo escucha acercarse. Se resbala, su bolso se voltea y dos recibos salen volando. Se cae una lima para uñas. Su cepillo de dientes golpea el piso con las cerdas hacia el suelo. Avanza a tuestas por la banca. Se desliza y cae. El peso de su cuerpo cae sobre su codo.

Gatea. Las huellas húmedas de sus manos se extienden detrás de ella. La sangre mancha su ropa. Dibuja oscuras siluetas de Rorschach en diversas superficies.

La tierra compacta se frota contra sus rodillas.

El hombre de blanco está parado junto a ella. Su camiseta está moteada con sangre.

La pateo. Ella se voltea de espaldas. Él extrae un cuchillo de su bolsillo, da un paso y se para a horcajadas sobre su cintura. Se inclina sobre su pecho, se pone en cuclillas y acerca su rostro al de ella. Presiona la daga contra su piel y la desliza sobre su pómulo. Negro se derrama del tajo. Destruirla lo hace sentir como si ella le perteneciera. Podríamos sentir que participar de este naufragio hace que nos pertenezca a nosotros también, pero no es así.

La obliga a abrir las piernas. Se saca la mazorca y se hinca. La sangre se derrama de su mejilla, su nariz y su cabeza mientras él se alimenta con su cuerpo. La penetra al ritmo

de su estertor de muerte. Su agonía sustenta su erección, la sostiene.

Él se congela. Se queja y tiembla. Su mazorca flácida se desliza, saliéndose de ella. Su venida rezuma de entre sus piernas. Brilla como poesía impronunciable.

// //

Un reportero describió el asesinato así: «Matan a golpes a una mujer de paso en Oakley Park».

Es una descripción cruel. La reduce a alguien transitorio, como si personificara la impermanencia, e ignora su nombre. Su nombre importa. Es una palabra que ha enamorado a los filósofos.

Aparece muchas veces en la Biblia: Sophia. En griego, *sophia* significa «sabiduría».

Le doy vueltas a su nombre una y otra vez en mi cabeza. Mi cerebro lo frota hasta volverlo liso, de la *s* a la *a*.

Sophia.

En mi ensueño macabro, pienso: «Ella es la capital de Bulgaria. Amo el yogur búlgaro. Tan delicioso, tan agrio, tan *mala onda*. Tan adulto».

Mi mente sigue frotando su nombre. Un reloj de arena colma mi imaginación: Sophia Loren.

Enciendo una vela votiva, observo a la llama saltar y surro su nombre en voz alta.

Suena como respirar. Una sibilancia transitoria lo atraviesa.

// //

Sophia siempre está conmigo. Me atormenta.

La culpa es un fantasma.

// //

A veces, en mi coche, me doy cuenta de que he estado escuchando música mexicana que en realidad no me gusta. Una ranchera a todo volumen, donde un hombre de voz nasal y quejumbrosa canta sobre tener el corazón roto, y un acordeonista le hace segunda.

Yo pienso: «¿Por qué estoy escuchando esto? Ni siquiera me *gusta*». Luego recuerdo: *Sophia*...

// //

Algunos fantasmas escuchan el radio utilizando el cuerpo de los vivos. Nos usan como conductos de dolor, placer, música y significado. Nos cargan con sentimientos que son tanto nuestros como suyos.

El inglés es español

Empecé siendo una hija única con un lenguaje único. Este lenguaje era inglés y español.

Mi inglés y español vino de un pacto que hicieron mis padres. Mi padre, un estadounidense de ojos verdes, acordó hablarme en inglés. Mi madre, mexicana de nacimiento y feminista por convicción, prometió hablarme en su idioma materno, un idioma romance sazonado con náhuatl.

Su pacto me dio muchas palabras. Folger's crystals. Asshole. Aguacate. Tiliche. Cadillac. Smart. Girl. Sangüich. Así se dice «sándwich» en mexicano.

Dije mis primeras palabras en un lugar más gringo que Appomattox, en el McDonald's frente a la estación de camiones Greyhound. Esto me vuelve una patriota, aunque las palabras mismas fueran francófilas.

«Papa francesa», dije con un quejido, extendiendo la mano.

Papa francesa: esas son muchas consonantes para una boca pequeña.

Papa francesa. French fry. Pomme frite. Juana de Arco.

Mientras mamá sacaba sangre en el hospital y papá trabajaba como maestro de cuarto grado, yo me divertía en la guardería. Desde su patio infantil, columbraba tumbas, monumentos y una bandera estadounidense sacudiéndose en el cementerio. Me puse a cuatro patas e hincué las rodillas en el polvo junto a los columpios. Miré el agujero del topo, queriendo deslizar mi puño por ahí. El agujero resultó demasiado tentador para un pequeño. Lo agredió sexualmente y se lo llevaron en una ambulancia.

Disfrutaba de la gastronomía en la escuela; tenía un deajo metálico, pues todo provenía de latas, incluso el jugo. Odia la hora de la siesta.

La hora de la siesta era una tortura.

Quería moverme y hablar durante la siesta, pero no podía. Me obligaba a permanecer quieta, con los ojos cerrados. Escuchaba a los otros niños respirar. Entreabría los ojos para ver el techo y la luz que bajaba, atravesando las rendijas diminutas entre las cortinas. Me preguntaba por el cementerio. Los tapetes eran suaves y olían a niños que beben jugo.

A papá se le olvidó recogerme una vez. No me importó. Se acercaba el atardecer y una maestra de guardería y yo esperábamos sentadas en una mesa pequeña. Mirábamos un reloj de pared.

Le sonreí y dije:

—Me pregunto qué sucede aquí por la noche —imaginaba juguetes, libros, cobijas, sillas y latas encantadas, actuando para mí en la oscuridad—. ¿Crees que los objetos toman vida y se mueven?

La maestra de guardería soltó una carcajada.

—Puede ser —dijo.

Se abrió la puerta. Ahí estaba papá.

—¡Perdón! —exclamó. Me distraje mientras explicaba por qué había llegado tarde, fantaseaba con objetos encantados, decepcionada, pues dormiría en mi propia cama y no en el armario de una guardería.

La forma en la que me trataban las maestras hacía reír a papá.

Se les escapaba mi paradoja lingüística.

No entendían que mi lengua materna era dos veces la suya.

Papá descubrió este malentendido mientras poníamos la mesa para la cena una noche. Yo señalé y anuncié en tono didáctico:

—This is a plate. This is a cup. This is a spoon. This is a fork —señalé las cosas y seguí—. This is a chair. This is a table. This is the kitchen.

Papá frunció el ceño. Miraba y escuchaba. Tomé su mano y recorrí con él la casa, presentándole los sustantivos más domésticos:

—This is a lamp. This is a television. This is dust. This is a sofa.

Terminó por reírse.

Mamá estaba en la cocina.

—Guess what? —le gritó.

—¿Qué?

—¡Las chicas de la guardería piensan que Myriam no sabe hablar inglés y están intentando enseñarle! ¡La convirtieron en un perico!

Papá tenía razón. Eso era *exactamente* lo que había sucedido.

En mi primer día, I spoke with my nursery school teachers usando palabras como estas because I assumed we all teníamos las mismas palabras. No sabía que hablaba en una clave cifrada que una extranjera me había enseñado. No sabía que los mexicanos *eran* mexicanos, una categoría que algunos confunden con subhumanos, una categoría que mi abuelo confunde con lo divino. Me consideraba una persona y entendía a las personas. Las personas eran personas y hablaban y el habla era para todos. Hoy en día, entiendo que las words are for everyjuan, pero que no todo everyjuan es para todas las palabras, así que, por favor, querida lectora, if it's not too big a bother, pásame las patatas fritas metafóricas mientras susurras las que desearías que fueran tus primeras palabras no estadounidenses formándose en tus labios incorruptos.